

Inca Garcilaso de la Vega



Comentarios Reales de los Incas



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega
Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas



Inca Garcilaso de la Vega

**Comentarios Reales
de los Incas**

Inca Garcilaso de la Vega

**Comentarios
Reales
de los Incas**

FICHA TÉCNICA

Título: Comentarios Reales de los Incas
Autor: Inca Garcilaso de la Vega
Serie: Clásicos
Código: CLA - 005-2016
Edición: Fondo Editorial de la UIGV
Formato: 158 mm. X 250 mm. 916 pp.
Impresión: Offsett y encuadernación con tapa dura, cosido al lomo
Soporte: Cubierta: tapa dura
Interiores: couché 90 gramos mate
Publicado: Lima, Perú. Julio de 2016
Edición: Primera edición
Tiraje: 1000 ejemplares

Edición 2016. Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Edición 2007. Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Rector: Luis Cervantes Liñán
Vicerrector Académico: Jorge Lazo Manrique
Vicerrector de Investigación y Posgrado: Juan Carlos Córdova Palacios
Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Av. Arequipa 1841 - Lince
Teléf.: 471-1919
Página web: www.uigv.edu.pe
Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Luis N. Saenz 557 - Jesús María / Teléf. 4612745 Anexo 3712

PRIMERA PARTE DE LOS
COMMENTARIOS
REALES,

QUE TRATAN DEL ORIGEN DE LOS YNCAS, REYES QUE FUERON DEL PERU, DE SU IDOLATRIA, LEYES, Y gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su Republica, antes que los Españoles passaran a el.

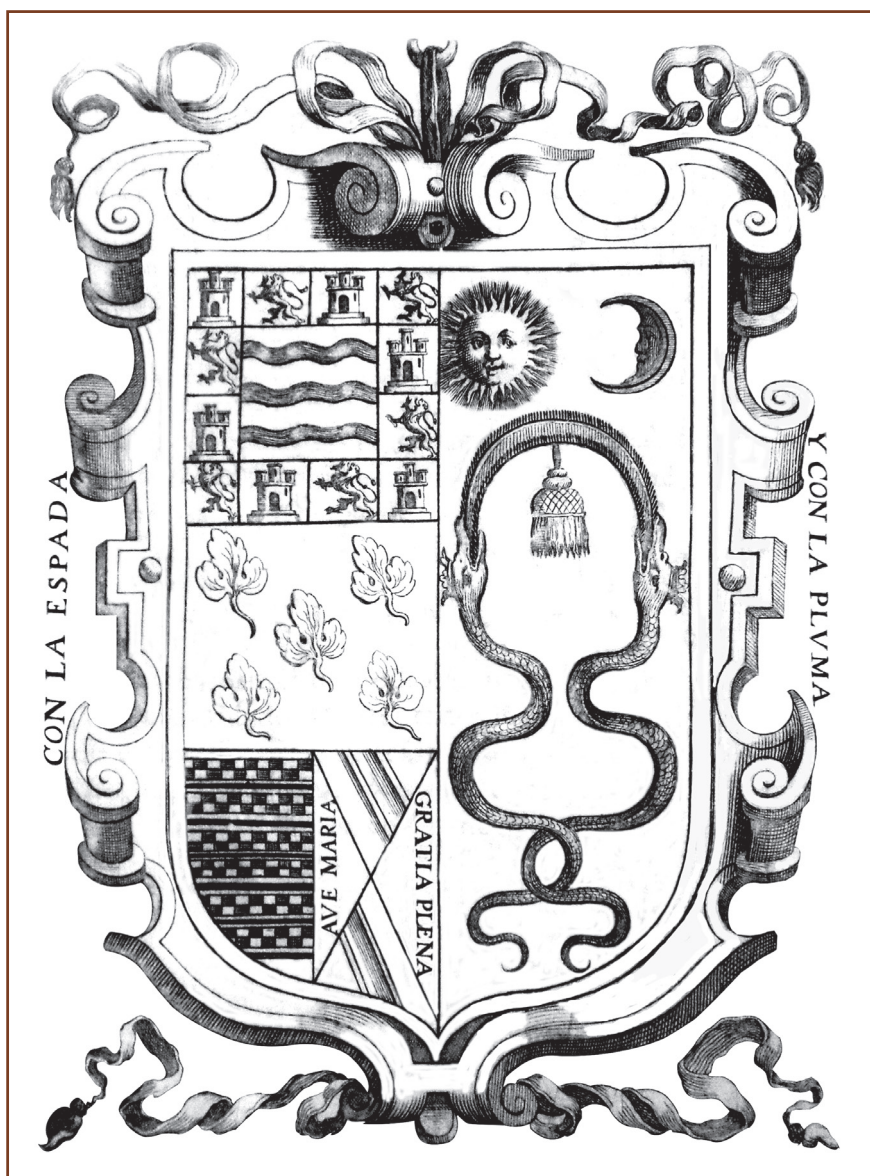
Escritos por el Ynca Garcilasso de la Vega, natural del Cozco, y Capitan de su Magestad.

DIRIGIDOS A LA SERENISSIMA PRINCESA Doña Catalina de Portugal, Duqueza de Bargaça, &c.



Con licencia de la Sancta Inquisicion, Ordinario, y Paço.

EN LISBOA.
En la officina de Pedro Crasbeeck.
Año de M. DCIX.



Escudo del Inca Garcilaso Garcilaso de la Vega que aparece al inicio de la edición príncipe de su *Primera Parte de los Comentarios Reales de los Incas*. Lisboa: En la oficina de Pedro Crasbeeck, 1609.

Índice

Prólogo a la edición	XIX
Estudio preliminar Ricardo González Vigil	XXI
Cronología	LXIII
Bibliografía	LXXI
Criterios de edición	LXXXI
Licencias de impresión	LXXXV
A la serenísima Princesa Doña Catalina de Portugal	1
Proemio	3
Advertencias	5

TABLA DE LOS CAPÍTULO QUE SE CONTIENEN EN ESTOS NUEVE LIBROS DE LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS REYES DEL PERÚ

LOS DEL PRIMER LIBRO SON LOS QUE SIGUEN	9
Capítulo I. Si hay muchos mundos. Trata de las cinco zonas	11
Capítulo II. Si hay antípodas	14
Capítulo III. Cómo se descubrió el Nuevo Mundo	16
Capítulo IV. La deducción del nombre Perú	20
Capítulo V. Autoridades en confirmación del nombre Perú	23
Capítulo VI. Lo que dice un autor acerca del nombre Perú	26

Capítulo VII. De otras deducciones de nombres nuevos	29
Capítulo VIII. La descripción del Perú	32
Capítulo IX. La idolatría y los dioses que adoraban antes de los Incas	38
Capítulo X. De otra gran variedad de dioses que tuvieron	40
Capítulo XI. Maneras de sacrificios que hacían	42
Capítulo XII. La vivienda y gobierno de los antiguos, y las cosas que comían	45
Capítulo XIII. Cómo se vestían en aquella antigüedad	48
Capítulo XIV. Diferentes casamientos y diversas lenguas. Usaban de veneno y hechizos	50
Capítulo XV. El origen de los Incas reyes del Perú	52
Capítulo XVI. La fundación del Cozco, ciudad imperial	56
Capítulo XVII. Lo que redujo el primer Inca Manco Cápac	59
Capítulo XVIII. Dos fábulas historiales del origen de los Incas	61
Capítulo XIX. Protestación del autor sobre la historia	65
Capítulo XX. Los pueblos que mandó poblar el primer Inca	69
Capítulo XXI. La enseñanza que el Inca hacía a sus vasallos	71
Capítulo XXII. Las insignias favorables que el Inca dio a los suyos	73
Capítulo XXIII. Otras insignias más favorables, con el nombre Inca	75
Capítulo XXIV. Nombres y renombres que los indios pusieron a su rey	79
Capítulo XXV. Testamento y muerte del Inca Manco Cápac	81
Capítulo XXVI. Los nombres reales y la significación de ellos	84

LOS CAPÍTULO DEL LIBRO SEGUNDO

Capítulo I. La idolatría de la segunda edad y su origen	89
Capítulo II. Rastrear los Incas al verdadero Dios Nuestro Señor	93
Capítulo III. Tenían los Incas una ✠ en lugar sagrado	97
Capítulo IV. De muchos dioses que los historiadores españoles impropriamente aplican a los indios	100
Capítulo V. De otras muchas cosas que el nombre huaca significa	105
Capítulo VI. Lo que un autor dice acerca de los dioses que tenían	109
Capítulo VII. Alcanzaron la inmortalidad del ánima y la resurrección universal	113
Capítulo VIII. Las cosas que sacrificaban al Sol	116
Capítulo IX. Los sacerdotes, ritos y ceremonias y sus leyes atribuyen al primer Inca	119
Capítulo X. Comprueba el autor lo dicho con los historiadores españoles	121
Capítulo XI. Dividieron el Imperio en cuatro distritos. Registraban los vasallos ...	126
Capítulo XII. Dos oficios que los decuriones tenían	128
Capítulo XIII. De algunas leyes que los Incas tuvieron en su gobierno	130
Capítulo XIV. Los decuriones daban cuenta de los que nacían y morían	134
Capítulo XV. Niegan los indios haber hecho delito ningún Inca de la sangre real	137

Capítulo XVI. La vida y hechos de Sinchi Roca, segundo rey de los Incas	140
Capítulo XVII. Lloque Yupanqui, rey tercero, y la significación de su nombre	144
Capítulo XVIII. Dos conquistas que hizo el Inca Lloque Yupanqui	146
Capítulo XIX. La conquista de Hatun Colla y los blasones de los Collas	149
Capítulo XX. La gran provincia Chucuito se reduce en paz. Hacen lo mismo otras muchas provincias.....	152
Capítulo XXI. Las ciencias que los Incas alcanzaron. Trátase primero de la Astrología.....	156
Capítulo XXII. Alcanzaron la cuenta del año y los solsticios y equinoccios.....	158
Capítulo XXIII. Tuvieron cuenta con los eclipses del Sol y lo que hacían con los de la Luna	161
Capítulo XXIV. La medicina que alcanzaron y la manera de curarse.....	164
Capítulo XXV. Las hierbas medicinales que alcanzaron	167
Capítulo XXVI. De la Geometría, Geografía, Aritmética y Música que alcanzaron	170
Capítulo XXVII. La poesía de los Incas amautas, que son filósofos, y haravicus, que son poetas	173
Capítulo XXVIII. Los pocos instrumentos que los indios alcanzaron para sus oficios	179

LOS CAPÍTULO DEL LIBRO TERCERO SON LOS QUE SE SIGUEN... 185

Capítulo I. Mayta Cápac, cuarto rey, gana a Tiahuanaco, y los edificios que allí hay	187
Capítulo II. Redúcese Hatun Pacasa y conquistan a Caquiaviri	191
Capítulo III. Perdonan a los rendidos, declárase la fábula	194
Capítulo IV. Redúcense tres provincias, conquístanse otras, llevan colonias, castigan [a] los que usan de veneno	196
Capítulo V. Gana el Inca tres provincias, vence una batalla muy reñida	200
Capítulo VI. Ríndense los de Huaychu, perdónanlos afablemente	203
Capítulo VII. Redúcense muchos pueblos, el Inca manda hacer un puente de mimbre	205
Capítulo VIII. Con la fama del puente se reducen muchas provincias de su grado	209
Capítulo IX. Gana el Inca otras muchas y grandes provincias y muere pacífico	212
Capítulo X. Cápac Yupanqui, rey quinto, gana muchas provincias en Contisuyo	215
Capítulo XI. La conquista de los Aymaraes; perdonan a los curacas. Ponen mojoneras en sus términos	218
Capítulo XII. Envía el Inca a conquistar los Quechuas. Ellos se reducen de su grado	222

Capítulo XIII. Por la costa de la mar reducen muchas valles. Castigan [a] los sodomitas.....	225
Capítulo XIV. Dos grandes curacas comprometen sus diferencias en el Inca y se hacen vasallos suyos	228
Capítulo XV. Hacen un puente de paja, enea y juncia en el Desaguadero. Redúcese Chayanta	233
Capítulo XVI. Diversos ingenios que tuvieron los indios para pasar los ríos y para sus pesquerías	237
Capítulo XVII. De la reducción de cinco provincias grandes, sin otras menores ..	242
Capítulo XVIII. El príncipe Inca Roca reduce muchas y grandes provincias mediterráneas y marítimas	245
Capítulo XIX. Sacan indios de la costa para colonias la tierra adentro. Muere el Inca Cápac Yupanqui.....	248
Capítulo XX. La descripción del templo del Sol y sus grandes riquezas	250
Capítulo XXI. Del claustro del templo y de los aposentos de la Luna y estrellas, trueno y relámpago y arco del cielo	253
Capítulo XXII. Nombre del Sumo Sacerdote y otras partes de la casa	256
Capítulo XXIII. Los sitios para los sacrificios y el término donde se descalzaban para ir al templo. Las fuentes que tenían	258
Capítulo XXIV. El jardín de oro y otras riquezas del templo, a cuya semejanza había otros muchos en aquel Imperio.....	261
Capítulo XXV. Del famoso templo de Titicaca y de sus fábulas y alegorías	264
LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO CUARTO	269
Capítulo I. La casa de las vírgenes escogidas dedicadas al Sol	271
Capítulo II. Los estatutos y ejercicios de las vírgenes escogidas	274
Capítulo III. La veneración en que tenían las cosas que hacían las escogidas, y la ley contra los que las violasen	277
Capítulo IV. Que había otras muchas casas de escogidas. Compruébase la ley rigurosa	279
Capítulo V. El servicio y ornamento de las escogidas y que no las daban por mujeres a nadie	282
Capítulo VI. De cuáles mujeres hacía merced el Inca	284
Capítulo VII. De otras mujeres que guardaban virginidad y de las viudas	286
Capítulo VIII. Cómo casaban en común y cómo asentaban la casa	288
Capítulo IX. Casaban al príncipe her[e]dero con su propia hermana, y las razones que para ello daban	290
Capítulo X. Diferentes maneras de heredar los estados	292
Capítulo XI. El destetar, trasquilar y poner nombre a los niños	295
Capítulo XII. Criaban los hijos sin regalo ninguno	298
Capítulo XIII. Vida y ejercicio de las mujeres casadas	301

Capítulo XIV. Cómo se visitaban las mujeres, cómo trataban su ropa, y que hacía públicas.....	303
Capítulo XV. Inca Roca, sexto rey, conquista muchas naciones, y entre ellas los Chancas y Hancohuallu.....	306
Capítulo XVI. El príncipe Yáhuar Huácac y la interpretación de su nombre...	310
Capítulo XVII. Los ídolos de los indios Antis y la conquista de los Charcas	313
Capítulo XVIII. El razonamiento de los viejos y cómo reciben al Inca	315
Capítulo XIX. De algunas leyes que el rey Inca Roca hizo y las escuelas que fundó en el Cozco, y sus dichos sentenciosos	318
Capítulo XX. El Inca llora sangre, séptimo rey, sus miedos y conquistas, y el desfavor del príncipe.....	320
Capítulo XXI. De un aviso que un fantasma dio al Príncipe.....	323
Capítulo XXII. Las consultas de los Incas sobre el aviso del fantasma	326
Capítulo XXIII. La rebelión de los Chancas y sus antiguas hazañas	328
Capítulo XXIV. El Inca desampara la ciudad y el príncipe la socorre	331
 LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO QUINTO.....	 335
Capítulo I. Cómo acrecentaban y repartían la tierras a los vasallos.....	337
Capítulo II. El orden que tenían en labrar las tierras; la fiesta con que labraban las del Inca y las del Sol	340
Capítulo III. La tierra que daban a cada indio, y cómo la beneficiaban	344
Capítulo IV. Repartían el agua para regar. Castigaban a los descuidados.....	348
Capítulo V. El tributo que daban al Inca y la cuenta de los orones	349
Capítulo VI. Hacían de vestir para los soldados. Tenían provisión de armas y calzado	352
Capítulo VII. El oro y plata y otras cosas de estima no era de tributo, sino presentadas	355
Capítulo VIII. La guarda y gasto de los bastimentos.....	358
Capítulo IX. Daban de vestir a los vasallos. No hubo pobres mendigantes	361
Capítulo X. El orden y división del ganado, y de los animales extraños.....	364
Capítulo XI. Leyes y ordenanzas de los Incas para el beneficio de los vasallos....	367
Capítulo XII. Cómo conquistaban y domesticaban los nuevos vasallos	371
Capítulo XIII. Cómo proveían los ministros para todos oficios	374
Capítulo XIV. La razón y cuenta que había en los bienes comunes y particulares.....	378
Capítulo XV. En qué pagaban el tributo, la cantidad de él y las leyes acerca de él	382
Capítulo XVI. Orden y razón para cobrar los tributos. El Inca hacía merced a los curacas de las cosas preciadas que le presentaban	385
Capítulo XVII. El Inca Viracocha tiene nueva de los enemigos y de un socorro que le viene.....	388

Capítulo XVIII. Batalla muy sangrienta, y el ardid con que se venció	391
Capítulo XIX. Generosidades del príncipe Inca Viracocha después de la victoria....	395
Capítulo XX. El príncipe sigue el alcance, vuelve al Cozco, se ve con su padre, desposee del Imperio	397
Capítulo XXI. Del nombre Viracocha, y por qué se lo dieron a los españoles	401
Capítulo XXII. El Inca Viracocha manda labrar un templo en memoria de su tío el fantasma	405
Capítulo XXIII. Pintura famosa, y la gratificación a los del socorro	409
Capítulo XXIV. Nuevas provincias que el Inca sujeta, y una acequia para regar los pastos	412
Capítulo XXV. El Inca visita su Imperio; vienen embajadores ofreciendo vasallaje	415
Capítulo XXVI. La huida del bravo Hancohuallu del Imperio de los Incas.....	419
Capítulo XXVII. Colonias en las tierras de Hancohuallu; el valle de Yucay ilustrado.....	422
Capítulo XXVIII. Dio nombre al primogénito, hizo pronóstico de la ida de los españoles	425
Capítulo XXIX. La muerte del Inca Viracocha. El autor vio su cuerpo	428
 LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO SEXTO	 433
Capítulo I. La fábrica y ornamento de las casas reales	435
Capítulo II. Contrahacían de oro y plata cuanto había, para adornar las casas reales ..	438
Capítulo III. Los criados de la casa real y los que traían las andas del Rey	443
Capítulo IV. Salas que servían de plaza y otras cosas de las casas reales	446
Capítulo V. Cómo enterraban los reyes. Duraban las obsequias un año	450
Capítulo VI. Cacería solemne que los reyes hacían en todo el reino.....	453
Capítulo VII. Postas y correos, y los despachos que llevaban	457
Capítulo VIII. Contaban por hilos y nudos; había gran fidelidad en los contadores...	459
Capítulo IX. Los que asentaban en sus cuentas, y cómo se entendían	462
Capítulo X. El Inca Pachacútec visita su Imperio; conquista la nación Huanca ...	465
Capítulo XI. De otras provincias que ganó el Inca, y de las costumbres de ellas y sodomía	468
Capítulo XII. Edificios, leyes y conquistas que el Inca Pachacútec hizo	471
Capítulo XIII. Gana el Inca las provincias rebeldes, con hambre y astucia militar.....	474
Capítulo XIV. Del buen curaca Huamachuco y cómo se redujo.....	477
Capítulo XV. Resistían los de Cajamarca y al fin se rinden	480
Capítulo XVI. La conquista de Yauyos y el triunfo de los Incas, tío y sobrino ...	483
Capítulo XVII. Redúcense dos valles, y Chíncha responde con soberbia	486
Capítulo XVIII. La pertinacia de Chíncha y cómo al fin se reduce	489
Capítulo XIX. Conquistas antiguas y jactancias falsas de los Chínchas	493
Capítulo XX. La fiesta principal del Sol y cómo se preparaban para ella	495

Capítulo XXI. Adoraban al Sol, iban a su casa, sacrificaban un cordero	499
Capítulo XXII. Los agüeros de sus sacrificios, y el fuego para ellos	502
Capítulo XXIII. El brindarse unos a otros. Y el orden con qué	505
Capítulo XXIV. Armaban caballeros a los Incas, y cómo los examinaban	508
Capítulo XXV. Habían de saber hacer sus armas y calzado	511
Capítulo XXVI. Entraba el príncipe en la aprobación; tratábanle con más rigor que a los demás.....	514
Capítulo XXVII. El Inca daba la principal insignia y un pariente las demás	516
Capítulo XXVIII. Divisas de los reyes y de los demás Incas, y los maestros de los noveles	519
Capítulo XXIX. Ríndese Chuquimancu, señor de cuatro valles	522
Capítulo XXX. Los valles de Pachacámac y Rímac y sus ídolos	526
Capítulo XXXI. Requieren a Cuismancu; su respuesta y capitulación	529
Capítulo XXXII. Van a conquistar al rey Chimú, y la guerra cruel que se hacen	534
Capítulo XXXIII. Pertinacia y aflicciones del gran Chimú, y cómo se rinde	538
Capítulo XXXIV. Ilustra el Inca su Imperio; y sus ejercicios hasta su muerte ...	542
Capítulo XXXV. Aumentó las escuelas, hizo leyes para el buen gobierno	545
Capítulo XXXVI. Otras muchas leyes del Inca Pachacútec, y sus dichos sentenciosos.....	548
LOS CAPÍTULO DEL LIBRO SÉPTIMO.....	553
Capítulo I. Los Incas hacían colonias; tuvieron dos lenguajes	555
Capítulo II. Los herederos de los señores se criaban en la corte, y las causas por qué	559
Capítulo III. De la lengua cortesana	562
Capítulo IV. De la utilidad de la lengua cortesana	566
Capítulo V. Tercera fiesta solemne que hacían al Sol	569
Capítulo VI. Cuarta fiesta; sus ayunos y el limpiarse de sus males.....	571
Capítulo VII. Fiesta nocturna para desterrar los males de la ciudad.....	574
Capítulo VIII. La descripción de la imperial ciudad del Cozco	576
Capítulo IX. La ciudad contenía la descripción de todo el Imperio	582
Capítulo X. El sitio de las escuelas y el de tres casas reales y el de las escogidas.....	586
Capítulo XI. Los barrios y casas que hay al poniente del arroyo	590
Capítulo XII. Dos limosnas que la ciudad hizo para obras pías	594
Capítulo XIII. Nueva conquista que el rey Inca Yupanqui pretende hacer.....	598
Capítulo XIV. Los sucesos de la jornada de Mojos, hasta el fin de ella.....	601
Capítulo XV. Rastros que de aquella jornada se han hallado	605
Capítulo XVI. De otros sucesos infelices que en aquella provincia han pasado ...	608
Capítulo XVII. La nación Chirihuana y su vida y costumbres	611
Capítulo XVIII. Prevenciones para la conquista de Chile	614

Capítulo XIX. Ganan los Incas hasta el valle que llaman Chile, y los mensajes y respuestas que tienen con otras nuevas naciones	617
Capítulo XX. Batalla cruel entre los Incas y otras diversas naciones, y el primer español que descubrió a Chile	620
Capítulo XXI. Rebelión de Chile contra el gobernador Valdivia	623
Capítulo XXII. Batalla con nueva orden y ardid de guerra de un indio, capitán viejo	626
Capítulo XXIII. Vencen los indios por el aviso y traición de uno de ellos	628
Capítulo XXIV. Matan a Valdivia y ha cincuenta años que sustentan la guerra	630
Capítulo XXV. Nuevos sucesos desgraciados del reino de Chile	632
Capítulo XXVI. Vida quieta y ejercicios del rey Inca Yupanqui hasta su muerte	638
Capítulo XXVII. La fortaleza del Cozco; y la grandeza increíble de sus piedras ...	640
Capítulo XXVIII. Tres muros de la cerca, lo más admirable de la obra	644
Capítulo XXIX. Tres torreones, los maestros mayores y la piedra cansada	647
 LOS CAPÍTULO DEL LIBRO OCTAVO	 653
Capítulo I. La conquista de la provincia Huacrachuco, y su nombre	655
Capítulo II. La conquista de los primeros pueblos de la provincia Chachapoya ...	659
Capítulo III. La conquista de otros pueblos y de otras naciones bárbaras	662
Capítulo IV. La conquista de tres grandes provincias belicosas y muy pertinaces	665
Capítulo V. La conquista de la provincia Cañari, sus riquezas y templo	669
Capítulo VI. La conquista de otras muchas y grandes provincias, hasta los términos de Quito	673
Capítulo VII. Hace el Inca la conquista de Quito; hállese en ella el príncipe Huayna Cápac	676
Capítulo VIII. Tres casamientos de Huayna Cápac; la muerte de su padre y sus dichos	681
Capítulo IX. Del maíz y lo que llaman arroz, y de otras semillas	685
Capítulo X. De las legumbres que se crían debajo de tierra	689
Capítulo XI. De las frutas de árboles mayores	691
Capítulo XII. Del árbol molle y del pimiento	694
Capítulo XIII. Del árbol maguey y de sus provechos	696
Capítulo XIV. Del plátano, piña y otras frutas	699
Capítulo XV. De la preciada hoja llamada coca y del tabaco	701
Capítulo XVI. Del ganado manso y las recuas que de él había	705
Capítulo XVII. Del ganado bravo y de otras sabandijas	711
Capítulo XVIII. Leones, osos, tigres, micos y monas	713
Capítulo XIX. De las aves de tierra y agua, bravas y mansas	716
Capítulo XX. De las perdices, palomas y otras aves menores	720

Capítulo XXI. Diferencias de papagayos, y su mucho hablar	723
Capítulo XXII. De cuatro ríos famosos y del pescado que en los del Perú se cría	725
Capítulo XXIII. De las esmeraldas, turquesas y perlas	729
Capítulo XXIV. Del oro y plata	735
Capítulo XXV. Del azogue, y cómo fundían el metal antes de él.....	738

LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO NONO SON LOS QUE SE SIGUEN..... 743

Capítulo I. Huayna Cápac manda hacer una cadena de oro, por qué y para qué	745
Capítulo II. Redúcense de su grado diez valles de la costa, y Tumbes se rinde.....	749
Capítulo III. El castigo de los que mataron los ministros de Túpac Inca Yupanqui	751
Capítulo IV. Visita el Inca su Imperio, consulta los oráculos, gana la isla Puná	754
Capítulo V. Matan los de Puná a los capitanes de Huayna Cápac	758
Capítulo VI. El castigo que hizo en los rebelados	760
Capítulo VII. Motín de los Chachapoyas y la magnanimidad de Huayna Cápac	762
Capítulo VIII. Dioses y costumbres de la nación Manta, y su reducción y la de otras muy bárbaras	767
Capítulo IX. De los gigantes que hubo en aquella región, y la muerte de ellos ...	771
Capítulo X. Lo que Huayna Cápac dijo acerca del Sol	774
Capítulo XI. Rebelión de los Caranques y su castigo	776
Capítulo XII. Huayna Cápac hace rey de Quito a su hijo Atahualpa	779
Capítulo XIII. Dos caminos famosos que hubo en el Perú	781
Capítulo XIV. Tuvo nuevas Huayna Cápac de los españoles que andaban en la costa	786
Capítulo XV. Testamento y muerte de Huayna Cápac, y el pronóstico de la ida de los españoles	791
Capítulo XVI. De las yeguas y caballos, cómo los criaban a los principios y lo mucho que valían	795
Capítulo XVII. De las vacas y bueyes, y sus precios altos y bajos	799
Capítulo XVIII. De los camellos, asnos y cabras, y sus precios y mucha cría.....	802
Capítulo XIX. De las puercas, y su mucha fertilidad	804
Capítulo XX. De las ovejas y gatos caseros	806
Capítulo XXI. Conejos y perros castizos	808
Capítulo XXII. De las ratas y la multitud de ellas	810
Capítulo XXIII. De las gallinas y palomas	813
Capítulo XXIV. Del trigo	818
Capítulo XXV. De la vid, y el primero que metió uvas en el Cozco	820

Capítulo XXVI. Del vino y el primero que hizo vino en el Cozco, y sus precios	822
Capítulo XXVII. Del olivo y quién lo llevó al Perú	825
Capítulo XXVIII. De las frutas de España y cañas de azúcar	827
Capítulo XXIX. De la hortaliza y hierbas, y del grandor de ellas.....	830
Capítulo XXX. Lino, espárragos, biznagas y anís	835
Capítulo XXXI. Nombres nuevos para nombrar diversas generaciones	837
Capítulo XXXII. Huáscar Inca pide reconocimiento de vasallaje a su hermano Atahualpa	840
Capítulo XXXIII. Astucias de Atahualpa para descuidar al hermano	843
Capítulo XXXIV. Avisan a Huáscar, el cual hace llamamiento de gente ...	845
Capítulo XXXV. Batalla de los Incas, victoria de Atahualpa, y sus crueldades	847
Capítulo XXXVI. Causas de las crueldades de Atahualpa y sus efectos cruelísimos	850
Capítulo XXXVII. Pasa la crueldad a las mujeres y niños de la sangre real...	853
Capítulo XXXVIII. Algunos de la sangre real escaparon de la crueldad de Atahualpa	856
Capítulo XXXIX. Pasa la crueldad a los criados de la casa real	860
Capítulo XL. La descendencia que ha quedado de la sangre real de los Incas	864

ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES CITADOS EN LA OBRA

Índice onomástico	869
Índice toponímico	880

Prólogo a la edición

De tránsito por esta vida entre 1539 y 1616, a fines del s. XIX se hablaba mucho de su obra pero poco se sabía de la vida del Inca Garcilaso de la Vega más allá de lo que él mismo diera a conocer en sus cuatro textos conocidos: *Traducción de los Diálogos de Amor de León Hebreo* (1590), *la Florida del Inca* (1605), *los Comentarios Reales de los Incas* (1609) y la *Historia General del Perú* (1617). Sin embargo, fue durante el s. XX, gracias al empeño de los garcilasistas, que aparecieron nuevos documentos, cartas y manuscritos personales, además del excepcional hallazgo de un ejemplar de la *Historia General de las Indias* de Francisco López de Gómara con anotaciones autógrafas del Inca. Producto de esta labor y sus consecuentes investigaciones que se ha podido ampliar nuestra percepción sobre este personaje. Un siglo después el Inca Garcilaso no solo es considerado primer americano que publicó una obra de importancia en Europa, además el primer mestizo peruano de relevancia intelectual sino que también se convirtió en uno de los autores más traducidos de la literatura hispanoamericana.

Hoy en día sabemos que Garcilaso, hijo de princesa Inca y un capitán español, nutrido en su infancia de la cultura andina pero forjado luego dentro del renacentismo europeo, tuvo como propósito mostrar en su obra la grandeza del Imperio de los Incas y la excelencia de la cultura hispana asentada en las Indias, siempre procurando complementar o enmendar las noticias de

anteriores escritores y tratando de conciliar la tensión producida por el choque de ambas culturas. Queda además manifiesta su condición de americano orgulloso de la fusión biológica y cultural que él representaba y que lo coloca como el primer mestizo espiritual, el primero en reconocer y refrendar con su proceder y obra, la valía de tal condición.

Ya nadie duda de la importancia de aquel egregio cuzqueño alejado de su tierra. Ese ilustre escritor ha pasado a convertirse en el peruano más representativo de nuestra historia y en uno de los máximos exponentes de la literatura hispanoamericana. Es por ello que al conmemorarse los 400 años de su fallecimiento en España (1616-2016) la Universidad Inca Garcilaso de la Vega se complace en presentar una nueva edición de esta *Primera Parte de los Comentarios Reales de los Incas*, labor para la que encargó el cuidado de la edición al historiador Jorge Huamán Machaca y un estudio incluido en ella efectuado por el doctor Ricardo González Vigil.

Nuestro propósito es mantener vigente este texto fundamental de las letras hispanoamericanas dedicado a las nuevas generaciones en una nueva presentación. Para ello se optó por trabajar con rigurosidad en base a las primeras y principales ediciones de los *Comentarios Reales* y enriquecerla con notas bibliográficas, de tal manera que pueda ampliarse en su contexto histórico nuestra comprensión de la obra del Inca en su contexto histórico. Además, se optó por alternar la narración de Garcilaso con una selección de finas e idealizadas imágenes del Mundo Andino que han ido apareciendo en algunas clásicas ediciones europeas y que por primera vez se muestran en conjunto dentro de una edición peruana. Esperamos por ello que esta nueva propuesta de edición nos invite a releer o conocer mucho mejor y reflexionar, sobre nuestra sociedad en ese largo proceso social en el que nació Garcilaso y al que nosotros pertenecemos 400 años después pues conformamos la experiencia histórica peruana.

Luis Claudio Cervantes Liñán
Rector de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Estudio preliminar

Ricardo González Vigil

Además de la obra cimera de la prosa hispanoamericana del período colonial, los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega es el mayor «texto de cultura del Perú», en tanto ha cimentado como ningún otro libro el legado cultural que ha ido forjando la identidad nacional, comenzando por el propio nombre del Perú, que lo escribimos así, en lugar de «Pirú» (de uso generalizado en los otros cronistas) por el ejemplo autorizado de nuestro cuzqueño universal. Por eso, una universidad que se ufana de enarbolar el nombre del eximio cronista no puede menos que ayudar a la difusión de su obra maestra, publicando esta edición de su Primera Parte, conocida comúnmente como *Comentarios Reales de los Incas*, forma abreviada del extenso título que ostenta: *Primera Parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Incas, Reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los Españoles pasaran a él* (1609).

Deseando ponerla al alcance del público en general, optamos por una edición que ha modernizado la ortografía y puntuación del texto original. Dicha edición fue encomendada al historiador Jorge Huamán Machaca, quien realizó la labor compulsando la edición príncipe de 1609 con la de 1722 (realizada por Andrés Gonzales de Barcia) y las principales ediciones modernas de esta obra.

En este estudio preliminar, ampliamente nutrido por la bibliografía existente, abordaremos aspectos centrales de las obras del Inca Garcilaso, sobre todo de los *Comentarios Reales*. Nos interesa ayudar a difundir una visión integral, adecuada a la complejidad y hondura de su mensaje, al cual consideramos trascendental para todos, dado su peruanismo, americanismo y dimensión universal.

Nuestro Garcilaso reclama una lectura atenta e informada de su contexto histórico-cultural, ya que uno de los rasgos que más tipifica a los grandes escritores es la profundidad, a la par que originalidad (de resonancias fecundas para los siglos posteriores), con que sintetizan su época y su sociedad, erigiéndose en expresión privilegiada de ambas. Y como en una época y en una sociedad siempre se entremezclan factores y tendencias diversas, a la par que la herencia múltiple y heterogénea del pasado que las ha hecho posible, dichos escritores ostentan una riqueza de elementos y una complejidad prácticamente inagotable para el análisis; de ahí que soporten (inclusive reclamen) los enfoques y las interpretaciones más disímiles.

Esto puede constatarse con gran nitidez en el caso del Inca Garcilaso, por tratarse de un escritor capital nacido en una época de transformaciones radicales en su suelo natal (básica para la configuración del Perú) y de excepcional dinamismo creador en la Europa que él hizo suya con brillantez y originalidad—de sello peruano y americano—(Humanismo, Renacimiento, Contrarreforma, Manierismo, Barroco, imperios ultramarinos, expansión comercial y capitalista, etc.) al abrigo del período más fecundo que haya conocido el genio hispánico: el Siglo (o los Siglos) de Oro.

Sin embargo, dentro de la bibliografía garcilasista, que es abundante (y realizada por figuras prominentes, verbigracia Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal y Arnold Toynbee), predominan las visiones parciales, limitadas a un aspecto o a una faceta del Inca, mermando—y a veces, distorsionando—su grandeza de autor complejo, poseedor de una visión totalizadora (del ser humano, la sociedad, la historia, etc.) llena de sutilezas y matices, en varios casos pionera o precursora de cuestiones medulares para el Perú y América, y para el desarrollo de la ciencia historiográfica y la prosa de elaboración literaria.

Así algunos subrayan sus raíces andinas en exceso (por ejemplo, Luis E. Valcárcel), otros su asimilación de lo hispánico y europeo (Juan Bautista Avalle-Arce, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Enrique Pupo-Walker y Roberto González Echevarría, verbigracia), sin aquilatar en toda su riqueza el mestizaje biológico y cultural, el encuentro de dos culturas y la idea de una nación integrada por «indios, mestizos y criollos». De otro lado, suele encararse la veracidad histórica y la textura literaria de sus libros sin tener en cuenta las pautas de la Historiografía, la Retórica y la Poética en los siglos XVI-XVII; se ha enfatizado, por ello, el fondo de Utopía (Menéndez y Pelayo) o Relato Épico (Ventura García Calderón) de los *Comentarios Reales* o *La Florida*, hasta debilitar o minusvalorar su condición primera y nuclear de obras históricas, confeccionadas con rigor y espíritu crítico realmente admirables dentro de su contexto histórico-cultural.

En relación a lo último, la gran transformación operada en la ciencia historiográfica en los siglos XIX y XX ha provocado que varios especialistas (muy estimables por sus aportes personales, pero descaminados al juzgar a un historiador formado en el siglo XVI, como fue el Inca Garcilaso) rebajen o nieguen el valor de Garcilaso como fuente histórica. Limitémonos a citar los grandes nombres de William Prescott, Manuel Gonzales de la Rosa (quien llegó a extremos abominables: acusar de «plagiario» al Inca, frente a lo que pertenecía primero a León Hebreo, es decir los *Diálogos de Amor*, luego al conquistador Gonzalo Silvestre, *La Florida del Inca*, y finalmente al Padre Blas Valera, *Comentarios Reales*), Roberto Levillier y, últimamente, María Rostworowski de Diez Canseco, empeñados en echar sombras sobre la fidelidad de Garcilaso al transmitirnos los datos que reunió; de manera más mesurada y matizada, Carlos Aranibar rebaja en exceso el valor histórico del Inca, haciéndolo casi un mero estilista que reelabora los datos proporcionados por otros cronistas, en particular Blas Valera, también Cieza de León y José de Acosta usados (varias veces sin citarlos siquiera) una y otra vez en sus *Comentarios*. Empresa vana. Leído dentro de sus pautas histórico-culturales, Garcilaso sobresale por su maestría literaria (excelencia admitida por todos), pero también por su honestidad intelectual, su espíritu crítico ante las fuentes que maneja y su hondura interpretativa (con visos de genialidad para los procesos históricos vistos a mediano y a largo plazo, y sin

dejar de lado ninguno de los factores: religiosos, etnológicos, lingüísticos, geográficos, económicos, políticos, científicos, técnicos, artísticos...).

Con gran versación y solidez de argumentos, ya José de la Riva-Agüero corrigió las apreciaciones de Prescott, Gonzales de la Rosa y Menéndez y Pelayo; Luis Alberto Sánchez discrepó del «toledanismo» de Levillier, tan «anti-garcilasista» en sus aseveraciones; y José Durand ha dismantelado los ataques de Rostworowski de Diez Canseco. Todo lo cual debe servir de alerta para difundir una visión adecuada del Inca Garcilaso, que haga justicia a su genio de historiador, prosista eximio y símbolo de peruanidad, americanismo y humanismo hispánico del siglo XVI. Esa visión puede aprenderse, sobre todo, de los dos mayores garcilasistas: Aurelio Miró Quesada Sosa y José Durand, quienes han profundizado y ensanchado la senda abierta por José de la Riva-Agüero, verdadero iniciador (con sus trabajos de 1906-1916) del garcilasismo riguroso y cabal, aunque en su caso proclive a un elitismo hispanista que no compartimos.

Estaremos en condiciones, entonces, de constatar los siguientes méritos sobresalientes del Inca Garcilaso:

1) En su experiencia vital y en sus obras encarna por primera vez la fusión de la tradición indígena y la cultura occidental, erigiéndose como símbolo de Perú.

Cabe sostener, junto con Raúl Porras Barrenechea: «es no sólo uno de los primeros mestizos americanos sino que es, espiritualmente, el primer peruano. En él se funden las dos razas antagónicas de la conquista, unidas ya en el abrazo fecundo del mestizaje, pero se sueldan, además, indestructiblemente, y despojadas de odios y prejuicios, las culturas, hoscas y disímiles, del Tahuantinsuyo pre-histórico y del Renacimiento español. La síntesis original y airosa de este sorprendente connubio histórico son los *Comentarios Reales*. Con ellos nace espiritualmente el Perú». (*Los Cronistas del Perú*, p. 391). En términos similares, se han expresado José de la Riva Agüero, Luis Alberto Sánchez, Aurelio Miró Quesada, Jorge Basadre, Carlos D. Valcárcel y José Durand, entre otros, juzgándolo el *primer peruano y el fundador de la literatura peruana propiamente dicha*.

2) Además, el Inca Garcilaso poseyó una intuición genial de la *nacionalidad peruana* que le permitió esbozar un *primer proyecto nacional* capaz de integrar todos los componentes sociales del Perú (indios, mestizos y criollos, más algunas alusiones a negros y mulatos) en el amor al país y el rechazo de la dominación colonial; como tal, ejerció influencia en el proceso de Emancipación de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, documentado y examinado en los casos de las rebelión de Túpac Amaru II, el mensaje de Juan Pablo Viscardo y Guzmán en la *Carta a los españoles americanos*, y la disposición del Gral. José de San Martín de editar y difundir los *Comentarios Reales*.

Durand ha subrayado que la meta de Garcilaso fue dar «a conocer al universo nuestra patria, gente y nación», adelantándose genialmente a lo que sería el sentimiento de nacionalidad en el siglo XVIII (porque en el XVI no estaba cuajada la idea moderna de nación): «fue sin duda el primer americano, al menos que se sepa, que tuvo sentimiento o conciencia o barrunto profundo de su nacionalidad» (en *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega*, Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, p. 156); también Durand ha mostrado cómo Garcilaso se decide por escribir el nombre de su patria como Perú (y no Pirú, variante difundida antes): «el nombre del Perú que decimos, usamos ahora, se lo debemos al Inca Garcilaso (...) la autoridad enorme y el prestigio sin límites que tuvo el Inca Garcilaso de la Vega en el Perú y en España, hace que prevaleciera la forma Perú» (en *Nuevos estudios...*, p. 157; cf. también el *Inca Garcilaso, clásico de América*, pp. 85-86 y 148-160).

Por su parte, Luis E. Valcárcel constata: «Él es el creador de la patria peruana. Sin Garcilaso no tendríamos una base literaria e histórica para hablar de la patria peruana desde tiempos lejanos. Es él en el siglo XVII, a fines del XVI, quien ya concibe la patria peruana, la describe y se enorgullece de pertenecer a esta patria» (en *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega*, p. 147). Y César Pacheco Vélez sintetiza acertadamente la cuestión: «podemos encontrar en las páginas de los *Comentarios Reales* la intuición originaria y la enunciación fundadora del *primer proyecto nacional peruano*: la misión permanente que ellas han cumplido, a través de varios siglos, de

iluminar la conciencia del Perú» (en la edición de los *Comentarios* del Banco de Crédito del Perú, p. LIII).

Al respecto, hay un debate en las interpretaciones vertidas sobre el genial mestizo. Mientras que Riva Agüero, Menéndez Pidal (ingeniosamente estampa: «esta trascendente visión histórica que el Inca nos da [sobre un providencialismo que toma como instrumento a los conquistadores españoles], la acogemos también nosotros, los españoles de España, como sus hermanos, sus compatriotas, sus paisanos», en *Seis temas peruanos*, p. 39), José María Pemán, Luis Arocena y Avalor-Arce, a pesar de admitir el mestizaje cultural de Garcilaso, otorgan primacía a su comunión con lo español y europeo (religión cristiana, lengua española, Humanismo, Renacimiento, Contrarreforma, Barroco...).

Mención aparte merece el trabajo riguroso de Carlos Aranibar, quien sostiene: «Aparte dos instantes retóricos [¿sólo retóricos?] a que obliga el discurso –textos dialógicos en memorias de adolescencia– siempre la óptica de los *Comentarios* es europea. El plano del narrador es externo al asunto andino y jamás se confunde con él: «aquellos indios», «los indios», «esos indios». El lector no verá cercanía, mucho menos identificación. Ni cabe exigir las. Los amores del cuzqueño son por la desvanecida sociedad de los Incas, por un *illo tempore* que convoca con ingenio y gracia». (Aranibar, Tomo II, p. 746). Aranibar hace notar pasajes en los que Garcilaso habla desde la óptica de un español: «un soldado como yo», «los nuestros poseen» (refiriéndose a los dominios españoles), «nuestros indios cazadores». Replicaríamos a Aranibar que, aunque es cierto que en esos pasajes va implícita una mirada española, nunca Garcilaso se proclamó «español», mientras que se definió muchas veces como «indio» e «Inca», aparte del famoso pasaje donde se proclama «a boca llena» mestizo (aunque sabe que es un vocablo despectivo). Lo que ocurre es que Garcilaso tiene una perspectiva elitista de aristócrata, valora la realeza incaica y la nobleza española, conceptuando en un plano inferior no sólo a los indios comunes, sino también a los españoles plebeyos (como la criada española que fue su amante o concubina), sin duda los moriscos y, no se diga, los negros (llegó a adquirir un esclavo mulato en 1568 y una esclava morisca en 1571). Por eso no reconoció a su hijo natural con una criada; juzgaba diferente su caso de hijo natural engendrado por un noble

español en una princesa incaica. De hecho, esa óptica hace que, aceptando la realidad de la dominación española, abogue por una élite mestiza indohispana que tenga primacía en el Perú.

Frente a esos garcilasistas otros, en cambio, definen a Garcilaso como principalmente indio, Inca. José Carlos Mariátegui («En Garcilaso se dan la mano dos edades, dos culturas. Pero Garcilaso es más Inka que conquistador, más quechua que español», en *7 ensayos*), Luis E. Valcárcel, Emilio Choy y Alberto Flores Galindo. Más cerca a esta segunda postura, aunque con una visión más compleja y sutil, más esclarecedora, están Durand, Raquel Chang-Rodríguez, Luis Loayza, Franklin Pease, Mercedes López-Baralt, José Antonio Mazzotti y Christian Fernández, a los que añadiríamos nuestros propios trabajos; destacan la entraña andina de Garcilaso, su complacencia en declararse muchas veces indio, y alguna vez mestizo (nunca se proclama español, aunque era hijo de uno de ellos y florece culturalmente en España), pero ello con un anhelo de integración nacional y de asimilación de la cultura de Europa.

Garcilaso nos invita a sortear los extremos pro-indígena o pro-hispánico: «A través de sus páginas (...) se observa en todo instante una concepción general del Perú: una pregunta de lo que es el Perú, de los elementos complejos que lo forman, de su variedad y su unidad —que el Inca Garcilaso encontraba en sí mismo—, y un deseo constante de avizorar adónde iba el Perú y de lograr para su patria una respuesta de armonía y fusión en el futuro (...) Lección que estimula y que conforta, porque, en un país de tantos contrastes ostensibles, él —con tan intenso contraste interior— es un ejemplo de armonía y de síntesis. En un país de productos brillantes, pero a menudo de inspiraciones súbitas o de un impulso momentáneo y fugaz, el Inca Garcilaso es el modelo de una vida consagrada a un objeto, de lo que se puede conseguir por la tenacidad y la constancia. En realidad, en todo lo que sea unificador y constructivo se puede percibir en el Perú la enseñanza del Inca. Cuando se trate de superar los problemas raciales, allí estarán la obra y espíritu de Garcilaso, el mestizo ejemplar. Cuando se trate de armonizar las divergencias entre lo urbano y lo rural, entre la capital y las provincias, entre lo nacional y lo de fuera, allí se encontrará, como una lección viva y constante, el recuerdo del Inca Garcilaso. Y cuando se trate de integrar la libertad personal y la norma, el sentido

jerárquico del mando y la emoción colectiva y anónima, allí estarán presente, como un numen, la efigie del Inca Garcilaso», (Aurelio Miró Quesada, *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, pp. 289-290).

Copiemos el pasaje en el que claramente Garcilaso se declara mestizo, pero apuntando el uso despectivo de dicha palabra en el Perú (con el virrey Toledo la situación del mestizo se volvió deplorable, como explica Durand): «A los hijos de español y de india o de indio y española, nos llaman *mestizos*, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos e indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él. Aunque en Indias, si a uno de ellos le dicen «sois mestizo» o «es un mestizo», lo toman por menosprecio». (*Comentarios*, Parte Primera, lib. IX, cap. XXXI). Desecha ese vocablo despectivo en los títulos, proemios y protestaciones de sus libros, para proclamarse *indio* e *Inca*. No lo hace porque quiera reconocer sólo su lado indígena (como estima Luis E. Valcárcel), ni tampoco por usar un recurso de «humildad» o de «defensa» para solicitar la venia del lector ante los defectos de sus obras (así piensan Loayza y Avalle-Arce). Fácilmente podríamos aducir textos en los que Garcilaso se muestra orgulloso de su padre y su lado español, y convencido de la calidad histórica y literaria de sus escritos. Lo que pasa es que en sus páginas el término «español» designa al extranjero de España, frente a los peruanos (nacidos o arraigados en nuestro suelo, con amor a lo nuestro), en orden de importancia patriótica: indios, mestizos y criollos (ese orden tendrán, también, para Túpac Amaru, mientras que el criollo Viscardo lo modificará por el de criollos, indios y mestizos). Además el nombre que elige para sí mismo es mestizo: *Inca*, de un lado, y *Garcilaso de la Vega*, de otro; una denominación puramente indígena hubiera sido: Inca Chimpu Ocllo.

Y, si tuviéramos que sintetizar su anhelo de la patria como armonía de la herencia indígena y la española, diríamos que Garcilaso defiende la superioridad de la organización incaica en los aspectos sociales, políticos, económicos, jurídicos y morales; junto con la superioridad de la religión, la filosofía, la ciencia, la técnica, la literatura y el arte traídos de Europa (en resumidas cuentas, sólo lo religioso y lo cognoscitivo, intelectual y

artístico). Su postura con relación a la lengua (destaquemos los estudios de Rodolfo Cerrón-Palomino) es muy matizada: aboga por el uso del quechua, útil para la evangelización, pero también idioma de enormes recursos expresivos, íntimamente ligado a la cosmovisión andina (y, como tal, digno de preservarse y desarrollarse); aunque comprende la necesidad de conocer el español y el latín para cultivarse espiritual e intelectualmente. En general, insiste en la capacidad de los indios y mestizos (la de los criollos, por ser de raíz española, está descontada) para asimilar la superioridad religiosa e intelectual de Europa, y aplicarla al desarrollo de un Perú soñado con un gobierno suficientemente autónomo y patriótico, y no como un virreinato que succiona las riquezas nacionales para beneficio de la Metrópoli peninsular.

3) También, aunque menos desplegada en sus páginas, Garcilaso intuyó *la unidad de América: el Nuevo Mundo como la patria grande*. Basta pensar en *La Florida del Inca*, dedicada a una expedición en América del Norte; o en los primeros capítulos de la Primera Parte de los *Comentarios Reales*. Lo ha observado bien Miró Quesada: «con una concepción continental se declara también perteneciente a todo el mundo americano, porque <todas son Indias> (*La Florida*, Libro II, primera parte, capítulo XXVII). Por serlo, se siente en todo instante hombre distinto y definido; dice con complacencia que su traducción de León Hebreo es el primer fruto cultural que presenta en Europa un escritor de América y enaltece en copiosas ocasiones la riqueza y la originalidad del Nuevo Mundo. Mundo profundo y singular, que marca su importancia y hace suyos a quienes a él vienen de fuera, y del que el Inca Garcilaso afirma, orgulloso y decidido, que con toda razón lo llaman Nuevo, <porque lo es en toda cosa> (*Comentarios*, Parte I, Libro I, capítulo II)». (Miró Quesada. *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*, pp. 290-291).

Garcilaso se muestra americanista, confiado en el futuro (debidamente fructificado por la evangelización y la asimilación de la cultura europea) de América del Norte, del Centro y del Sur. Su horizonte es, pues, más vasto que el bolivariano, latinoamericano o indo-americano (surgido en diferenciación del poderío norteamericano o anglo-americano) que descubren en él. Víctor Raúl Haya de la Torre (lo juzga el «primer filósofo de la historia indoamericana»), y Antenor Orrego («el utopismo de Garcilaso, al madurar, ha creado a

Bolívar, el hombre representativo de la nueva América»; *Pueblo-Continente*). El americanismo de Garcilaso resulta, pues, el más integrador de todos.

4) Garcilaso fue el primer escritor nacido en América que publicó libros de relieve: primicia espiritual de América. Para Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal e Irving Leonard brilla como el clásico por antonomasia de Hispanoamérica, el primero en el tiempo y en calidad. Durand lo define como el primer clásico de América Latina, sólo comparable en el período colonial con los mexicanos Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz.

5) Juzgado como *narrador*, se yergue el Inca como «el primer gran narrador hispanoamericano, con todo lo que esa aseveración implica [por su maestría narrativa y su atención a la realidad conflictiva del mundo americano]» (Pupo Walker, *La vocación literaria...*, p. 97). Dentro del Siglo de Oro, tan espléndido para la narrativa en español, Garcilaso sólo cede artísticamente ante los más grandes: Cervantes, Lope, Quevedo, Gracián y los anónimos artífices del *Lazarillo de Tormes* y la *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*. En su descargo, habría que puntualizar que éstos se mueven dentro de la mayor libertad y complejidad estilística de los géneros de ficción; porque, en el rubro de la narrativa historiográfica abocada a la veracidad y la reconstrucción fidedigna de lo acaecido, Garcilaso es la cima artística de su tiempo: una especie de Herodoto de las letras castellanas (ya Riva-Agüero apuntó afinidades artísticas entre el griego de *Los nueve libros de la Historia* y el cuzqueño que estamos estudiando; además. Carlos D. Valcárcel ha hecho notar que la Primera Parte de los *Comentarios Reales* se divide en nueve libros, como la obra maestra del llamado «padre de la Historia»).

6) Otro mérito del Inca: «El primer gran humanista, además, nacido en tierra americana» (Durand, *El Inca Garcilaso, clásico de América*, p. 137). Arocena, Miró Quesada y Avalle-Arce, amén de Durand, han probado lo sustancial que resulta la formación de Garcilaso dentro del *humanismo* (más ligado al Renacimiento que al Barroco, y en versión española de la «Philosophia Christi» que postula el gobierno de un Príncipe Cristiano) para entender su concepción de la Historia, la Literatura y el Buen Gobierno. Por su parte, Aranibar acertadamente consigna que su deuda es mayor con la escolástica

española de la Contrarreforma (la llamada «segunda escolástica») liderada por jesuitas: el Príncipe Cristiano (opuesto al propugnado por Maquiavelo en su libro *El príncipe*) se vuelve el ideal de gobernante de *El Príncipe Cristiano* (1595) del jesuita Pedro Rivadeneira. Aranibar detalla que las virtudes que Garcilaso atribuye a sus idealizados Reyes Incas corresponden a esa visión contrarreformista del gobernante ideal: piadoso (en el sentido de «religioso, pío»), clemente, magnánimo, justo, manso, prudente, etc. (Tomo II, p. 769).

Resulta característico del humanismo el que Garcilaso se *esmere en la traducción y sea consciente del papel de lo lingüístico* en el conocimiento y conformación de un pueblo, vinculando agudamente lengua, sociedad e historia: «Si afirmamos que el Inca fue nuestro primer lingüista, no es por desdén al aporte de los doctrineros que inauguraron la bibliografía colonial de vocabularios y catecismos: lo hacemos con la convicción de que Garcilaso conocía las ideas en curso entre los lingüistas de su tiempo, en la certeza que ellas constituían –para él– un conjunto orgánico, y que, meditando sobre las mismas, pudo incluso atisbar nociones que la ciencia ratificó después». (Alberto Escobar, p. 38). Por su parte, Cerrón-Palomino sentencia: «Al haberse perdido para siempre los materiales lingüísticos de ese otro gran mestizo, el P. Blas Valera, con justa razón puede entonces considerarse al Inca como el iniciador de la lingüística peruana, y más específicamente, como el primer gramático de ascendencia quechua» («Los fragmentos de gramática quechua del Inca Garcilaso de la Vega», p. 252).

Aquí también, *el gusto de los humanistas por elaborar Utopías*, al modo de *La República* de Platón. Garcilaso conferirá una atmósfera de utopía al Tahuantinsuyo (Menéndez y Pelayo, Arocena, Choy, Miró Quesada, Durand y Avalle-Arce). Su versión del Incanato influirá fuertemente en el pensamiento utópico de Europa, así como en la conformación de la «utopía andina» (Flores Galindo) o la «nostalgia imperial» (para usar una expresión de Vallejo, en *Los heraldos negros*). De distinta manera, el Socialismo de Mariátegui, el APRA de Haya de la Torre, el Perú Profundo de Basadre, y el Perú como Doctrina de Fernando Belaúnde Terry, se nutren de la imagen garcilasista del Tahuantinsuyo, la cual fulge como fundamentalmente verdadera, aunque hermoseedada por recursos tomados del humanismo utópico.

De otro lado, en *La Florida del Inca*, según Rolena Adorno, Guancane es una población ficticia que adelanta los pueblos inventados por novelistas del Siglo XX, como Rulfo (su Comala) y García Márquez (su Macondo).

7) Finalmente, y primeramente, Garcilaso fue un *historiador genial*. No sólo un cronista, un comentarista de crónicas ajenas o un analista agudo; sino un historiador interesado por todos los aspectos de la vida humana, y admirablemente perspicaz para los grandes temas y procesos históricos. En visión a mediano y largo plazo, ningún cronista de Indias puede compararse; sólo a nivel de detalles y precisión en las observaciones, pueden algunos (muy pocos, un Cieza de León o un Acosta, por ejemplo) superarlo. Y cabe preguntarse si algún historiador peruano posterior ha sabido, como él, acertar en las intuiciones a mediano y largo plazo. (Estos puntos los han aclarado brillantemente Riva-Agüero, Porrás Barrenechea, Luis E. Valcárcel, Carlos D. Valcárcel, Miró Quesada, L. A. Sánchez y J. Durand).

Lo principal en Garcilaso es su vocación de historiador. Si convoca a la Filosofía, la Literatura, la Utopía, la Lingüística, etc., lo hace al servicio de su labor historiográfica. Una labor concebida dentro de los modelos de los grandes historiadores griegos, romanos e italianos, pautada por la Retórica y la Poética de los siglos XVI-XVII que propendían al ideal de un historiador-filósofo, un historiador-poeta, un historiador-lingüista o un historiador-utopista (ejemplar para la moralidad y la política).

Lo admirable (como lo han enfatizado especialmente Avelar-Arce y Emilio Choy, pero también Miró Quesada, Durand, Carlos D. Valcárcel y Carlos Manuel Cox) es que el Inca asimiló lo mejor y lo más avanzado de la ciencia historiográfica de su tiempo: Francesco Guicciardini, Lorenzo Valla, Leonardo Bruni, Jean Bodin, Juan Luis Vives, Giovanni Botero, etc. Junto con ello la prodigiosa acumulación de datos (en su mayoría de primera mano u obtenidos de fuentes de primer orden) que efectuó sobre los aspectos más diversos de la historia del Perú, como elogian sorprendidos Luis A. Sánchez, Luis E. Valcárcel y J. Durand, entre otros. A tal punto, que en todos estos rubros resulta pionero o precursor: Etnología y Antropología (Luis E. Valcárcel), Lingüística (Escobar, Miró Quesada y Cerrón-Palomino), Geografía (Antonio

Raimondi constató su exactitud en este terreno, aunque Aranibar ha develado sus inexactitudes y su dependencia de los aportes de Cieza y Acosta), Ciencias Naturales (Fortunato Herrera ha resaltado ello; inclusive los botánicos Poeppig y Endlicher denominaron «Garcilassa rivularis» a una especie de Huánuco), Sociología (Carlos D. Valcárcel) y Economía (Carlos Manuel Cox: «fue un precursor en el campo del pensamiento económico», «una interpretación económica de la historia, que juzgo de lo más avanzado y original de su genio dentro de su época (...) tiene, para mí, un puesto de primera línea en la evolución del pensamiento económico mundial» (pp. 12 y 47-48).

Historia y Poesía

Es sabido que Aristóteles consideraba que la poesía y la filosofía se interesaban por la *esencia* (conectable a los conceptos «forma» e «idea»), por los rasgos permanentes de la realidad; mientras que la historiografía se abocaba a lo particular, al suceso único efectivamente acaecido, terreno de lo accidental y de la apariencia, sin alcanzar los niveles hondos de la realidad —de la verdad— accesibles a la filosofía y la poesía.

Para subsanar esa limitación de la labor historiográfica, el Renacimiento italiano y el Siglo de Oro español defendieron el ideal del *historiador-poeta*, con un amplio conocimiento de las formas sublimes de la Poesía (precisamente el estilo alto aprehende lo ideal, lo ejemplar, en contraposición al estilo bajo, dedicado a desmitificar la versión idealizadora o a exagerar los defectos de la realidad) y con una sólida formación filosófica y teológica. Es decir, un historiador en condición de «descubrir» e «interpretar» lo esencial a través de la maraña de los detalles históricos.

Garcilaso se hallaba familiarizado con esas nociones, conforme puntualiza Durand al espigar pasajes en los que el Inca habla de su amor por la verdad histórica y su gusto por la «buena poesía»:

... el *historiador-poeta*, híbrido detestable a ojos de científico positivista, resultaba casi un ideal durante el Renacimiento (...) El inca, historiador de espíritu poético, en esta polémica (sobre la superioridad aristotélica de la poesía frente a la historiografía) mantiene una posición de equilibrio:

es superior la poesía, sí, pero también es incapaz de sustituir la veracidad objetiva de la historia. Sin duda siente que los grandes hechos llevan en sí su propia belleza, que transparece en la obra del historiador (...) en vez de cambiar ficciones (al modo de las disparatadas e inverosímiles novelas caballerescas) por esa épica que idealiza lo acontecido para buscar una realidad más honda prefiere quedarse con la historia, realidad fidedigna de lo acontecido, pero llenando esa historia de virtudes poéticas, haciendo una epopeya en prosa que no deje de ser historia. La idea de la epopeya en prosa, por lo demás andaba muy viva entonces, y como tal se juzgaban, precisamente, los libros de caballerías (Durand, *El Inca Garcilaso, clásico de América*, pp. 35 y 38-39).

En la compleja trama de sus escritos Garcilaso asimiló, con gran elaboración artística, diversas formas de la tradición historiográfica (Herodoto, Jenofonte, los *Comentarios* de Julio César, Salustio, la crónica castellana, Guicciardini..., por citar algunas fuentes encaradas en la bibliografía existente), a la vez que géneros y recursos de la creación literaria, entre los cuales —a nuestro entender— los más importantes proceden de la Epopeya y la Tragedia.

A la vez, Garcilaso adquirió una apreciable cultura filosófica y teológica. Resulta sintomático que su primera publicación sea la traducción de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo.

La finalidad *ejemplar*, moralizante, enlaza todas esas expresiones altas o sublimes de la historiografía, la poesía (también la novela de estatura, caso *Novelas ejemplares* —nótese el adjetivo tan explícito— de Cervantes), la filosofía y la teología. Miró Quesada lo ha sabido remarcar en lo tocante a la historiografía:

Dentro de los conceptos aprendidos de los historiadores clásicos, además del hecho fundamental de conocer, de establecer y fijar la verdad, había un hondo sentido moral: la necesidad de salvar del olvido aquellas cosas o hechos que debían grabarse en el recuerdo. Este criterio aprendido o basado en los historiadores clásicos, tuvo en España, por muchas razones; no sólo culturales sino éticas, un arraigo y una difusión extraordinarios. (En *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega*, p. 92)

La historiografía estaba empeñada en «deleitar» y «enseñar» a la vez, para usar la fórmula de la *Poética* de Horacio. La función pragmática de la alta poesía (que, por supuesto, no agota su riqueza significativa ni mucho menos) cuenta con modelos tan colosales como las *Geórgicas* y la *Eneida* de Virgilio, y la *Divina Comedia* de Dante. Por otro lado, Aristóteles ya destacó la utilidad cognoscitiva y moral de la mimesis y la verosimilitud poética, deteniéndose en la profundidad con que cumple esa utilidad la tragedia, para él la forma más sublime de la Poesía.

Relación entre lo épico y lo trágico

Lo épico destaca tanto en *La Florida del Inca* que la expresión de Ventura García Calderón, según la cual era una «*Araucana* en prosa», ha hecho fortuna. Con menos énfasis, también las apreciaciones de diversos especialistas (verbigracia, Riva-Agüero, Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez y Aurelio Miró Quesada) han conferido a los *Comentarios Reales*, en especial a la primera parte, un cierto carácter de «cantar de gesta» de la nacionalidad peruana.

En menor medida se ha reparado en la incidencia de lo trágico en las obras de Garcilaso. Durand se encargó de resaltar un pasaje inserto luego de la decapitación de Túpac Amaru, verdaderamente clave para captar la composición de la segunda parte de los *Comentarios*:

Ejecutada la sentencia en el buen príncipe [Túpac Amaru] ejecutaron el destierro de sus hijos y parientes a la ciudad de los Reyes y el de los mestizos a diversas partes del Nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo, que lo antepusimos de su lugar para contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, *porque en todo sea tragedia, como lo demuestras los finales de los libros de esta Segunda Parte de nuestros Comentarios*» (Parte II, Libro Octavo, capítulo XIX; la cursiva es nuestra).

En efecto, todos los libros de la segunda parte de los *Comentarios* concluyen con muertes desastrosas: Atahualpa (libro I) Diego de Almagro (II), Francisco Pizarro y Almagro el Mozo (III), Virrey Nuñez Vela (IV), Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal (V), Sebastián de Castilla y Vasco

Godínez (VI), Hernández Girón (VII) y Túpac Amaru y el Virrey Toledo (VIII). Extendiendo agudamente lo trágico a las dos partes de los *Comentarios*, Miró Quesada ha consignado la similitud entre los finales aciagos: la muerte de Huayna Capac (último inca que gobernó un Tahuantinsuyo unido y anterior a la llegada de los españoles) y la matanza de gran parte de la familia imperial cusqueña a cargo de Atahualpa, en la primera parte; la muerte de Túpac Amaru (último Inca de Vilcabamba, forma de señorío condicionada por los conquistadores españoles) y «el destierro de sus hijos y parientes a la Ciudad de los Reyes y el de los mestizos a diversas partes del Nuevo Mundo y Viejo» por órdenes del Virrey Toledo (gestor principal de la dominación colonial que duraría más de dos siglos, comenzando a resquebrajarse con el levantamiento de Túpac Amaru II). En ambos finales, Garcilaso se hace eco de los reclamos de los descendientes de las panacas de los incas, en especial la de la parentela de Garcilaso (con una óptica favorable a Huáscar y adversa a Atahualpa); y de las tribulaciones que estaban padeciendo los mestizos (con un patetismo que induciría a Juan Pablo Viscardo y Guzmán a citar el pasaje en su célebre *Carta a los españoles americanos* —publicada en 1799— en la que aboga por la emancipación de la dominación colonial).

La formulación más abarcadora procede de Durand: la «idealización» del material histórico que efectúe el Inca asimila *La Florida* a la epopeya; la primera parte de los *Comentarios*, a la utopía; y la segunda parte de los *Comentarios*, a la tragedia. El esquema de Durand resulta válido en tanto pone en relieve el factor idealizador dominante en cada obra, épico en *La Florida*, utópico en *Comentarios I* y trágico en *Comentarios II*. Pero acarrea el inconveniente de omitir la presencia de los tres factores idealizadores en los tres casos; al respecto, ya vimos cómo varios estudiosos endosaban a los *Comentarios* el rol de un «Cantar de gesta», y como Miró Quesada expandía la conclusión trágica a la primera parte de los *Comentarios*. De modo patente, añadiríamos, hay elementos épicos, utópicos y trágicos en *La Florida* y los *Comentarios*.

Conviene recordar, al respecto, que los modelos máximos de la poesía épica, las epopeyas de Grecia y Roma, atribuyen a sus héroes virtudes heroicas (el *areté* del *épos*, paradigma de conducta) junto con características

trágicas (destino trazado por el *fatum*, errores merecedores de «castigo divino» y necesidad de vencer «pruebas» —incluyendo la inmolación de la existencia— para gozar de la apoteosis glorificadora).

La visión providencialista

No necesitamos insistir en la *visión providencialista* de la historia (derivada de San Agustín y desarrollada por la Escolástica) que asume Garcilaso, porque ya la han examinado muchos especialistas, entre ellos Menéndez Pidal, Sánchez Alonso, Miró Quesada, Durand, Pemán, Carmelo Sáenz y Avalle-Arce. Podríamos sintetizarla así: a una primera edad, de salvajismo y existencia digna de animales irracionales, que no de seres humanos; sigue una segunda edad, de labor civilizadora, preparadora del arribo de la luz de la revelación bíblica; y, consumando la evolución histórica, triunfa la tercera edad, con la evangelización: plasmación de la Iglesia universal del catolicismo. La providencia divina favorece, con gratitud misericordiosa, el paso humanizador de la primera a la segunda edad, y el paso sobrehumanizador (sobre-natural, sacralizador) a la tercera. Trayectoria de las tinieblas a la luz: de la ignorancia a la luz de la Razón y de ésta a la iluminación de la Fe y las virtudes teologales; del instinto al ejercicio de la libertad (el libre albedrío) y de éste a los dones de la gracia y la voluntad de Dios. Progresivo alumbramiento de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad que se apoya en la transfiguración que experimentó nuestro corazón merced al amor, dado que Dios es amor.

Justamente la dimensión épica se nutre del cumplimiento del plan de la providencia. Garcilaso ensalza a los indios en *La Florida* y en los *Comentarios*, por haber superado la barbarie y desplegado una labor civilizadora que los habilita para recibir el Evangelio; a la vez, aplaude el designio de la Corona española y el Papado de completar la labor civilizadora (con conocimientos científicos, técnicos, artísticos, etc.) y, sobre todo, predicar el catolicismo en el Nuevo Mundo.

Claramente en *La Florida* se enaltece el heroísmo de indios y españoles («viéndome obligado de ambas naciones», confiesa en el proemio al lector) y la evangelización, así como la buena disposición de los indios a recibir la

fe católica. Si bien ya los griegos (en *La Iliada* de Homero y en *Los Persas* de Esquilo) mostraron capacidad para retratar la grandeza épica y trágica de ambos bandos en pugna (lo cual no es nada frecuente en la poesía épica de otros pueblos), capacidad que de nuevo hallamos en la épica de los españoles (el *Cantar de Mio Cid* y *La Araucana* de Ercilla); al Inca lo singulariza su condición mestiza, el sentirse obligado con ambas naciones, luchando contra una corriente muy fuerte que desvalorizaba a los indios como bárbaros o seres inferiores. Con acierto, pone en boca de Hernando de Soto (cuyo heroísmo encarece, hasta hacer notar que otros conquistadores se hubieran ya dado por satisfechos con las ganancias obtenidas por De Soto en América del Centro y luego en América del Sur, y no se hubieran arriesgado a colonizar América del Norte) varios elogios, además escuchados a un esforzado español que participó en la expedición a La Florida (es decir, Gonzalo Silvestre). También presenta a los indios guiados por el amor, obsequiosos y agradecidos (cf. Libro II, parte 2ª cap. 16).

En los *Comentarios Reales*, tanto en la primera como en la segunda parte, habita un claro designio épico ligado al providencialismo: elogio de la labor civilizadora de los incas y la tarea evangelizadora de los españoles, junto con la ponderación de las cualidades de los indios y mestizos para mejorar en *virtud*, armas y letras.

Desde el proemio, uno de los hilos conductores de la primera parte de los *Comentarios* teje el paralelismo entre Cuzco y Roma, entre el Tahuantinsuyo y el Imperio Romano (el punto culminante: capítulo 8 del libro VII). De esa manera establece que, así como Roma culminó la labor civilizadora a la luz de la razón y acogió la fe católica, el Imperio Incaico ha culminado la preparación civilizadora de los indios para que puedan recibir el Evangelio.

La labor del demonio

Enfoquemos ahora la dimensión trágica, la otra cara de la visión providencialista de la historia. La tragedia, en la Antigüedad, va unida a la creencia en el *destino*, en el *fatum*. Según Durand, la noción de Providencia asume, en el Inca, un rol parecido al de la fatalidad en las tragedias griegas y romanas. Aseveración que debemos matizar porque: 1º Garcilaso, como

cristiano que es, cree en el libre albedrío y no en un destino trazado de antemano; y 2º la «labor de Demonio», contraria al plan providencial de Dios, se halla en el origen de los desastres trágicos (y no, por cierto, la Voluntad divina).

La óptica de Garcilaso, en lugar de una «cristianización» de la creencia en el Destino, resulta coherente con la revelación bíblica. Baste citar el libro de Job, donde Satán (el demonio «tentador») fustiga con calamidades mil al justo deseando su condenación, adverso al amor de la providencia divina, la que al final triunfa. Job hace uso siempre del libre albedrío, la razón y la rectitud moral; no cede ante las desgracias y sólo se somete ante el misterio de la Voluntad Divina, en los últimos versículos del libro, pero ganado por la misericordia y el amor.

En su afán de malograr el plan de la Providencia, en particular lo que más aborrece es el paso a la tercera edad, la de la evangelización, el Demonio (príncipe del mal, de la mentira, de la muerte, etc.) *ciega* (imagen de pérdida de la «luz natural» y la luz de la fe) la inteligencia humana con las pasiones, *esclaviza* (hasta debilitar casi por completo el libre albedrío, la capacidad de corregir yerros y convertirse) la voluntad humana con el hábito (vicio) de los pecados capitales. Al respecto, Durand estima que los «ministros» del Demonio, los pecados capitales, prestan indumentaria religiosa providencialista a las *pasiones humanas*, las cuales, según historiadores italianos como Maquiavelo y Guicciardini, constituyen el verdadero móvil de las acciones humanas (y no las declaraciones «oficiales» de labor civilizadora o sacralizadora, de que hacen gala los conquistadores de toda laya).

La intervención del Demonio se torna completamente explícita en la segunda parte de los *Comentarios*, cuando ya se precipitan los acontecimientos funestos que estorbarían la evangelización de Perú:

Mas *el Demonio, enemigo del género humano, procuraba en contra* [la evangelización], con todas sus fuerzas y mañas, estorbar la conversión de aquellos indios; y aunque no pudo estorbarla del todo, a lo menos la estorbó muchos años, con la ayuda y buena diligencia de *sus ministros, los siete pecados mortales* [...]. Y así, levantaron las guerras que poco después hubo entre indios y españoles, por no cumplirse estas capitulaciones, porque la *soberbia*

no consintió la restitución del Reino a su dueño, y causó el levantamiento general de los indios. Luego sucedieron las de los compañeros Pizarro y Almagro, que las levantó *la ira y la envidia* de gobernar y mandar el uno más que el otro [...] A estas guerras sucedieron las del buen Gobernador Vaca de Castro [...] y Don Diego de Almagro el Mozo, porque *la soberbia y la discordia* no quisieron que aquel mozo obedeciese a su Rey y señor [...] Luego se siguieron las del Visorrey Blasco Núñez Vela y Gonzalo Pizarro, que las causó *la avaricia y la tiranía*. Pocos años después sucedieron, uno en pos del otro, los levantamientos de Don Sebastián de Castilla y de Francisco Hernández Girón, que los movió *la gula y la lujuria*[...]. Por estos impedimentos no se predicó el Evangelio como se predicara si no los hubiera, que ni los fieles podían enseñar la fe, por los alborotos que cada día tenían, ni los infieles recibirla, porque en todo aquel tiempo no hubo sino guerra y mortandad... (parte II, libro II, cap. 6; las cursivas son nuestras).

Mención reforzada por otra un libro más adelante:

En esta majestad de la predicación del Santo Evangelio, y en la prosperidad de paz, quietud y bienes espirituales y temporales que los indios y españoles del Perú gozaban, *ordenó el Demonio, enemigo del género humano*, cómo estas buenas andanzas se perturbasen y trocasen en contra. Para lo cual *despertó sus ministros, que son Ambición, Envidia, Codicia, Avaricia, Ira, Soberbia, Discordia y Tiranía, que, haciendo cada uno su oficio por su parte, estorbasen la predicación del Santo Evangelio y la conversión de aquellos gentiles a la Fe Católica*, que era lo que más le afligía, porque perdía la ganancia que en aquella gentilidad tenía. Y *Dios Nuestro Señor lo permitió, por sus secretos juicios y para castigo de muchos*, como por el hecho se verá... (parte II, libro III, cap. 19; las cursivas son nuestras).

Repárese que la Providencia consiente, al modo del Libro de Job, la labor del Demonio y sus esbirros; se añade, a diferencia de Job que era probado siendo justo, que aquí implican un *castigo divino*. La noción de castigo nos sitúa fuera del concepto de un destino fatalmente trazado; supone una *culpa* de los hombres, que emplean mal (cegados por las pasiones) su razón y su libre albedrío.

En el caso de *La Florida*, el rol del Demonio está implícito al consignar la actuación nefasta de la «discordia», ministra del Demonio como vimos arriba; la discordia precipitó los hechos que llevaron a la Guerra de Troya, recordemos. Aquí irrumpe justamente cuando Hernando de Soto está dispuesto a iniciar la colonización y evangelización:

Todos estos deseos que el adelantado [De Soto] tenía de poblar la tierra, y la orden y las trazas que para ello había fabricado en su imaginación, los destruyó y anuló la discordia, como siempre suele arruinar y echar por tierra los ejércitos, las repúblicas, reinos e imperios donde la dejan entrar (*La Florida*, lib. III, caps. 32-33).

Afectado por la discordia, De Soto se enceguece, sin atinar a reaccionar sensatamente como Hernán Cortés, en la conquista de México, y Francisco Pizarro, en la del Perú. Pudiendo sobreponerse a la discordia (porque no estamos ante un *fatum* ineludible, como en la epopeya griega), nubló su razón y su voluntad.

En lo concerniente a la primera parte de los *Comentarios*, Garcilaso acoge la creencia indígena en la fatalidad expresada por sueños, agüeros y oráculos. Los incas (de manera sorprendentemente afín a los antiguos mexicanos) habían recibido del Inca Viracocha el anuncio que el Tahuantinsuyo llegaría a su fin al arribar «gente nunca jamás vista» y sumar doce el número de los reyes incas (cf. parte I, Libro V, cap. 18). En tiempos de Huayna Cápac —el Inca duodécimo— se tiene la noticia de «gentes extrañas y nunca jamás vistas», acaecen diversos agüeros (destacando el de la luna con tres cercos) y la despedida del Inca, de tono providencialista, como si los españoles completaran la labor sagrada que iniciaron Manco Cápac y Mama Ocllo.

Creyente cristiano en la libertad, Garcilaso conoce el papel de los sueños y los anuncios proféticos antes del nacimiento de Cristo y la prédica del Evangelio, tanto en el mundo bíblico de los judíos, como en los pueblos paganos (siendo importante recordar que, en tiempos de Garcilaso, se atribuía a Virgilio el don de haber anunciado el pronto nacimiento de Cristo y el comienzo de la era cristiana). Todo ello propio del período civilizador anterior a la evangelización.

Desde el punto de vista de la composición artística, cabe remarcar cómo el Inca Garcilaso sitúa la *dimensión trágica* con rigor arquitectónico. Si dividimos en cuatro partes aproximadas *La Florida* y los *Comentarios*, constataremos que:

1. Se prefigura la dimensión trágica al cubrirse la primera de las cuatro porciones. Es decir, en el libro II de *La Florida* (la integran seis libros en total), al apuntar que los españoles descuidaban las oportunidades de predicar el Evangelio, y sentenciar agoraramente: «no se espanten que se pierdan los que las pierden» (lib. II, parte 2^a, cap. 16). Por otro lado, exactamente al medio de la primera parte de los *Comentarios* (integrada por nueve libros): como ya vimos, en el cap. 18 del libro V, surge el anuncio del Inca Viracocha del final del Tahuantinsuyo.

2. Se precipita la dimensión trágica al llegar al medio de las historias, al cerrarse la segunda de sus cuatro porciones. Es decir, en *La Florida* actúa la discordia y precipita la perdición de la expedición, en los caps. 32 y 33 del libro III. También, al finalizar la primera parte de los *Comentarios*, en el libro IX (justo al medio, si sumamos los libros de ambas partes, o sea diecisiete libros) asistimos al pronóstico del final del Tahuantinsuyo, con el marco de la noticia de la presencia de gente desconocida y el fallecimiento de Huayna Cápac, al que sucede inmediatamente el cumplimiento de los agüeros con la guerra fratricida entre Atahualpa y Huáscar y la masacre de la familia imperial.

3. Se califica explícitamente de *tragedias* a las historias narradas, cuando éstas ya llegan a su término, faltando pocas páginas para cerrar las obras respectivas. El penúltimo capítulo (el 21 del libro VI) de *La Florida* lo hace así; lo mismo efectúa el cap. 19 del libro VIII de la segunda parte de los *Comentarios*, en el pasaje tan comentado por los garcilasistas que asevera «porque en todo sea tragedia».

Queda la esperanza

En los días de Garcilaso, como resultado de la evolución de los conceptos de *tragedia* y *comedia* en Roma, la Edad Media y el Renacimiento, se asociaba la tragedia con un desenlace desdichado, y la comedia con un final feliz. Por eso, el Inca moteja como *tragedias* las historias referidas en *La Florida* y los

Comentarios, en tanto acaban mal, frustrando los fines de la civilización y la evangelización que ampara la Providencia; y las denomina así precisamente cuando están llegando a su término, cuando se está consumando el desenlace desastroso. En cambio, Dante había titulado a su gran poema *comedia*, en tanto comienza mal (en la «selva oscura») y culmina del modo más feliz posible (la bienaventurada en unión con Dios), y recorre a cabalidad el plan providencial: de la «selva oscura» y los pecados que impiden avanzar hacia la Salvación; pasamos a la «luz natural» (Virgilio, el paganismo civilizador como antesala de la Revelación); y arribamos a la «luz sobrenatural» (Beatriz y San Bernardo, más el auxilio de la Virgen María y las santas mujeres).

Sin embargo, Garcilaso no pierde la esperanza en el triunfo final de la Providencia, en la corrección y modificación de los yerros cometidos en lo tocante a la conquista de Florida y el Perú. En diversos pasajes de sus crónicas, y especialmente en las dedicatorias, proemios y reflexiones finales, sale a relucir dicha esperanza. Hasta pareciera que subraya el desenlace trágico de lo acontecido hasta el momento que escribe, con el designio de sublevar y/o avivar las conciencias adormiladas de la Corona española y la jerarquía eclesiástica, instándolas a colonizar y evangelizar adecuadamente, en el plazo más inmediato factible, el Nuevo Mundo.

Sincretismo y Escolástica

Varios garcilasistas han vinculado, en exceso, al Inca Garcilaso con la tradición platónica o, más precisamente, neoplatónica. Han resaltado que eligiera para traducir los *Diálogos de amor* de un León Hebreo enmarcado dentro del humanismo neoplatónico, distante del aristotelismo de la Escolástica medieval. El dictamen de Marcelino Menéndez y Pelayo que niega valor histórico a los *Comentarios Reales de los Incas*, juzgándolos una «novela utópica» dedicada a idealizar (el gusto platónico por una *República* ideal, reactualizado en el humanismo por la *Utopía* de Tomás Moro, publicada en 1516, cuyo impacto en el Inca ha sido examinado por Juan Durán Luzio y Mercedes López-Baralt) el Tahuantinsuyo, ha sido conceptualizado otro ingrediente platónico. El valor concedido a las «fábulas históricas» (relatos míticos y legendarios sobre la historia andina)